

# **El profesor Nietzsche**

Jorge Alberto Naranjo Mesa

## **1. El nombramiento de profesor en la Universidad de Basilea**

Cuando se examinan las cartas en las que Nietzsche comunica (a sus amigos Rohde y von Gersdorff, y a su madre y su hermana) el nombramiento como profesor de filología en la Universidad de Basilea se descubre que los sentimientos de Nietzsche ante el suceso son profundamente encontrados. Las cartas muestran sin embargo una secuencia de emociones muy coherente e interesante. La primera a Rohde, es de principios de enero de 1869; quería ser como la continuación de una serie en la que Nietzsche y aquél conversaban sobre su vocación de filólogos y las dificultades que iban encontrando para ejercer sus oficios. Ya se perfilan, por ese entonces, rasgos de diferenciación notorios en su modo de concebir la filología y lo que considera como tal la “hormigueante raza de los filólogos”. Un trabajo de

Rohde ha sido rechazado por las autoridades académicas y Nietzsche lo consuela y le ofrece el testimonio de su amistad y su solidaridad intelectual en Schopenhaur. La amistad, le escribe a Rohde, “es una rara exquisitez que sólo es concedida a unos pocos, a aquellos caminantes para quienes la ruta de la vida es una ruta por el desierto: un genio amigo les consuela cuando yacen en la arena, humedeciéndoles los labios resecaos con el néctar divino de la amistad. En los riscos y cavernas en las que, de espaldas al ruido del mundo sacrifican a sus dioses, éstos pocos entonan bellos himnos a la amistad, mientras el sumo sacerdote Schopenhauer hace oscilar el incensario de su filosofía”. De golpe la reflexión se interrumpe. Y Nietzsche cuenta a Rohde que el cartero le ha traído una noticia que lo ha puesto a temblar “como un azogado”. Y no le cuenta nada. Y se despide temblando, con una invocación al Diablo, con un angustioso apelativo a la amistad. Ningún sentimiento salvo la sorpresa, un temblor que no es alegría ni miedo, ni dolor: un sentimiento puro de turbación.

Unos días después Nietzsche vuelve a escribir a Rohde, y le pide guardar en secreto lo que le quiere comunicar. Y le narra en pocos párrafos cómo ha sido nombrado profesor universitario en la Universidad de Basilea en circunstancias excepcionales y por la influencia decisiva de su maestro Ritschl. Y cuenta a Rohde cómo quedó “transtornado de alegría” ante la noticia, cómo se paseó cantando melodías de Tanhäuser toda la tarde siguiente. Y si la cosa no resulta, dice, no habrá razón para desesperar. “Desde un principio me he acostumbrado a ver en toda esa historia una grandiosa casualidad.(...). No es tan fácil terminar con nosotros”. Y a continuación hace esta sorprendente manifestación al amigo: “Somos sin duda juguetes del destino; la semana pasada todavía pensé en escribirte y proponerte que

estudiáramos química juntos, arrojando la filología allí donde está en su sitio, entre los “trastos” de los antepasados. Y ahora el demonio “destino” me seduce con una cátedra de filología”. Y concluye la carta como contrapesando la alegría de ese nombramiento con otra alegría a su juicio más verdadera: escuchar en Dresde, a finales de enero, “los Maestros Cantores”.

La emoción comienza su deriva. El temblor inicial encuentra ahora su causa en la alegría. Pero esa alegría tiene algo de tardío: porque el pathos del filólogo está en retirada. Quería estudiar química cuando el demonio destino le hizo esa jugada peligrosa. Hay por un lado la innegable ventaja material e intelectual de la oferta. Pero hay, por otra, la objetivación del gremio filológico –en la serie de cartas previas esto se lee fácilmente– hasta un punto en que Nietzsche no puede ya sentirse, en su comunidad, verdaderamente a gusto. De allí que su alegría esté como en retraso respecto de su emoción actual. Más vale esperar la alegría de la música de Wagner.

La tercera carta está dirigida a la madre y la hermana: “después de esta repentina jugada del destino –dice– espero que vuestros ánimos se hayan serenado y habituado al hecho”. Un profesor nuevo en el mundo no modifica nada. Nietzsche les llama la atención sobre lo desmedido de su alegría. Y deliberadamente “enfría” el significado del nombramiento. Confiesa que el exceso de madre y hermana le ha causado miedo. Por último hace esta maravillosa disección del suceso:

***“en qué consiste esta suerte maravillosa, esta encantadora novedad? ¿Cuál es el secreto de tanta gloria? Sudor y trabajo; pero para percibir hasta qué grado, haría falta que estuviérais en mi pellejo. Vosotras habéis separado la nata, y es***

***posible que os haya sabido bien. A mí me queda el suero de la monótona profesión diaria, de la soledad sin amigos, etc.”***

Estas consideraciones inician la tercera carta. La alegría deriva hacia el miedo. El seductor contrato con el demonio divídese ahora según sus efectos: la madre y la hermana gozan los beneficios del contrato que para él, en cambio, implica monotonía y soledad. Sin duda Nietzsche no escribe ahora a Rohde: se explaya, se exterioriza de una manera mucho más libre, sin miramientos, con dureza, sin temor a ser esquemático. Se entiende, en familia, que a él también lo seduce la cosa, según y según. Pero ahora quiere resaltar que los “éxitos”, la “gloria” del corte de Naumburg, no obedecen a otra cosa que a su trabajo y sudor, a su actividad de topo filológico: es decir, al otro Nietzsche, al que Franziska y Elizabeth no quisieron conocer nunca, obstinadas en hacer de él la imagen de un buen prusiano. El tono de Nietzsche es verdaderamente amargo, irónico. Ya no pondera el éxito sino el trabajo. Y ahora mira de lleno a un futuro lejos de su ambiente intelectual. Y manifiesta su nostalgia por el mundo del que parte.

La tercera carta pone en juego emociones ambivalentes. Como si Nietzsche quisiera mostrar a sus parientes todo el espectro de emociones que lo atraviesa. Hay el Nietzsche que Franziska y Elizabeth quieren, el vigoroso muchacho, talentoso y brillante, que, con este nombramiento, realiza (así sea desviadamente, ya que no será teólogo pastor ni es aún doctor, pero ante tamaño éxito ¿qué importa?) las esperanzas de la madre y la hermana. Ese Nietzsche narra que su círculo social se expande, que ha sido invitado a casa de Curtius, de Roscher, de la señora Jäger, de Brockhaus, de Ritschl, de Laube (sin embargo, dejará pronto esas costumbres). La carta termina mostrando el aspecto más real, el del trabajo que lo espera

en Basilea –lo cual probablemente no les interesa demasiado a los parientes. Y hay por otra parte el Nietzsche doble, solitario, que encuentra ya la distancia suficiente para ironizar su nombramiento y para volver a decir a sus parientes que este nombramiento lo aísla aún más. Es de suponerse la lectura de una carta así por la parentela, con la atención puesta en los éxitos sociales de Federico.

La cuarta carta es de fines de febrero del mismo año, y se dirige a Rohde. En cierto modo duplica la tercera, aún si la diferencia de interlocutores hace que los juicios de apreciación luzcan ahora mucho más intelectualizados, en “tono amistoso”, no familiar. Nietzsche comienza por manifestar al amigo que vive en un tráfigo social que no le permite encontrarse a sí mismo. Está en el aniversario del día de nacimiento de Schopenhauer y sin embargo no tiene con quién compartir esa emoción. Vive, dice, “en la niebla gris de la soledad”. El éxito sólo es ruido de superficie, ruido que hiere su alma de músico. Y narra a su amigo que conocerá a Franz List, que los wagnerianos comienzan a molestarle –son demasiado necios y escriben repugnantemente–, y que, en cambio, la audición de los Maestros Cantores en Dresde ha sido para él una liberación. Pero, concluye la carta,

***“Ahora se alza ante mí una niebla más intensa y más pesada”.***

es decir, el universo profesoral. “En el momento vivo distraída, placenteramente un desesperado carnaval antes del gran miércoles de ceniza de la profesión de filisteísmo. Todo ello me afecta grandemente, pero ninguno de mis conocidos de aquí nota nada. Todos se dejan deslumbrar por el título de profesor y creen que soy el hombre más feliz bajo el sol...”. La alegría mayor, la de escuchar la música de Wagner, ya es pasada también. La emoción actual es

aprensión, desesperación carnavalesca. Pues el ruido no acalla su silenciosa soledad.

La última carta está dirigida a von Gersorff, con fecha 13 de abril de 1869. La cito íntegramente, es preciosa:

*“Ha llegado el último momento, la última noche que paso en la patria: mañana por la mañana salgo hacia el ancho mundo, hacia una profesión nueva y desacostumbrada, hacia una atmósfera pesada y oprimiente de deber y trabajo. Una vez más hay que decir adiós: la época dorada de la actividad libre e ilimitada, del presente soberano, del goce del arte y del mundo como un espectador imparcial o al menos poco interesado, esta época se ha ido para siempre. Ahora rige la severa diosa del deber cotidiano. “Como estudiante veterano me puse en camino”, ya conoces la emocionante canción estudiantil. Sí, sí. “Tengo yo mismo que hacerme un filisteo”. De alguna manera la frase tiene siempre algo de verdad. No se desempeñan sin consecuencias cargos y dignidades, sólo se trata de si los grillos son de hierro o de hilo. Y yo todavía tengo el valor de quebrar, de vez en cuando, un grillete y ensayar en otro sitio y de otra manera la problemática vida. Todavía no siento nada de la obligada joroba de los profesores. Ser un filisteo, *ἄνθρωπος ἄμονσος* hombre de rebaño -¡que Júpiter y todas las musas me protejan de ello! Ni sé cómo iba a arreglármelas para convertirme en ello, siendo así que no lo soy. A una especie de filisteísmo me he aproximado, desde luego, a la especie “especialista”; es, en efecto, muy natural que la tarea diaria, la concentración constante del pensamiento en una rama especial del saber y en determinados problemas tiene que embotar algo la libre receptividad y*

*tiene que atacar en su raíz el sentido filosófico. Me hago la ilusión, sin embargo, de poder escapar a este peligro con más tranquilidad y seguridad que la mayoría de los filólogos; el fervor filosófico ha echado ya en mí raíces demasiado profundas, y el gran mistagogo Schopenhaur me ha mostrado con harta claridad los verdaderos y esenciales problemas de la vida, para que tenga que temer nunca una vergonzosa deserción de la “idea”. Mi deseo, mi audaz esperanza es penetrar mi especialidad con esta nueva savia, infundir en mis alumnos ese fervor filosófico impreso en la frente del genial filósofo. Quisiera ser algo más que un instructor de hábiles filólogos: una generación de maestros del presente, el cuidado por los jóvenes en formación, todo ello me flota delante del alma. Si no hay más remedio que llevar la vida, tratemos de utilizarla de tal suerte que otros la bendigan como valiosa, cuando nosotros seamos felizmente redimidos de ella.*

*A ti, mi querido amigo, con quien coincidido en tantos problemas fundamentales de la vida, te deseo la felicidad que te mereces, y a mí tu amistad.”*

Hasta la quinta carta han transcurrido tres meses. La deriva de las emociones concluye provisionalmente. El “veterano estudiante se ha puesto en camino”, ha desembocado en profesor novato. La última juventud ha derivado hacia la primera madurez. El joven cantor exultante de alegría se ha transformado en un reflexivo maestro que ya hace planes sobre cómo infundir en sus discípulos, además y por encima de la ciencia filológica, el fervor filosófico que en él encendiera Schopenhauer. Nietzsche se acompaña y se asiste durante esa transición, las cartas lo muestran. En tres meses (ino hay

más tiempo!) se prepara, con la mayor seriedad y concentración, para ponerse a tono, intelectual y afectivamente, con el nuevo nombramiento: en las cartas seguimos esa deriva, desde la sorpresa y la loca alegría iniciales, pasando por su enfriamiento, por su evaluación del éxito y la transformación de su alegría en temor, hasta su severa toma de conciencia de la parte de camello que se le viene y su paulatina calma y serenidad para asimilar el hecho. Ha madurado lo suficiente para “enseñar a bendecir la vida”. En resumen, si el nombramiento de profesor es una sorpresa para Nietzsche, en el momento de comenzar a ejercer sus funciones está en un estado de preparación afectiva y emocional excelentes. Ha tenido la suerte de ponerse a tono con las circunstancias. ¡Pero qué tropel, qué rapidez de desarrollo de los hechos!. De todos modos algún rastro queda de ello: en el movimiento general de las cinco cartas reseñadas se percibe una jugada fatal: un lanzamiento de dados –el nombramiento– (y Ritschl sería inolvidable sólo por haberlos lanzado), y merecerse la jugada gananciosa. Nietzsche se la merece por su propio “sudor y trabajo” pero ¿por la suerte? En tres meses prueba que también por la suerte sin duda. Aunque la suerte de todos modos, es aquí fatalidad. Nietzsche lo sabe, y así se lo comunica a Rohde. En los diez años siguientes lo vivirá paso a paso. En cualquier caso es hermoso ver cómo se prepara para asumir ese camino difícil. La carta a von Gersdorff ya no deja entrever inconformidad alguna, solamente una serena abnegación ante el hecho de haber merecido y sufrido tamaño nombramiento. Tenía 24 años, y era el más joven profesor de toda la universidad alemana de la época.

## 2. El discurso inaugural

El 2 de mayo de 1869 presenta Nietzsche ante las autoridades académicas de Basilea, su Lección Inaugural, titulada “Homero y la

Filología Clásica”. Allí se plasma con todo rigor lo que en la carta a von Gersdorff esboza Nietzsche sobre la clase de filología que concibe y que ha de enseñar en Basilea. Allí examina de cerca el contenido de la actividad filológica, sus métodos, sus límites, su valor como instrumento cognoscitivo, y muestra en acción su propio arte filológico en la consideración de un problema por entonces no central en la discusión de los filólogos, el tema de la personalidad de Homero. Nietzsche hace gala de una especialización filológica que deja satisfechos a todos los oyentes. Pero va más allá, y afirma –como ya lo comunicaba a von Gersdorff– su convicción inquebrantable de que “toda actividad filológica debe estar impregnada por una concepción filosófica del mundo”. Sólo que no menciona, ahora, a Schopenhauer.

“Homero y la Filología Clásica” es un texto de la mayor importancia. Por su estilo y su desarrollo tipifica mejor que muchos textos más elaborados lo que es la maestría de Nietzsche como intérprete y su método de argumentación, es decir, lo que podemos llamar, sumariamente, la Dialéctica de Nietzsche. Por todo ello conviene que nos detengamos en su examen un momento. Para comenzar resaltemos la fineza del texto desde un punto de vista protocolario. Difícilmente hallaremos otro texto nietzscheano tan atento a la etiqueta discursiva. Ante la orden del discurso guarda impecablemente el orden del discurso. Introducción, presentación del problema, exposición de motivos, discusión, solución, incluso profesión de fe del filólogo y solicitud de admisión en la comunidad del Instituto. La impresión es excelente, y así lo comunicará Nietzsche a su madre. Pero esa fineza, esa impecable forma discursiva lleva un contenido irremediabilmente nietzscheano. Si recordamos la carta a von Gersdorff nos damos en seguida cuenta de que “Homero y la Filología Clásica” es una fina y diplomática declaración de guerra,

una violencia hermenéutica hecha sobre un tema que la filología creía ya resuelto. Una renovación filológica y un complot filosófico enunciados en la más académica de las modalidades enunciativas.

Sigamos, someramente, el movimiento argumental. Nietzsche comienza por considerar el objeto y los medios de la filología y por ubicarla como práctica discursiva. A la sombra de Ritschl, pero sin duda con una jerarquización no del todo cara a su maestro, delimita la actividad filológica según tres perfiles: por una parte, la filología puede considerarse historia “en cuanto quiere reunir en su cuadro general los documentos de determinadas individualidades nacionales y encontrar una ley que sintetice el devenir constante de los fenómenos”; por otra parte, la filología puede considerarse ciencia natural en cuanto trata de investigar el más profundo de los instintos humanos, el del lenguaje; y por otra parte, la filología puede considerarse estética porque “desentierra un mundo ideal sepultado mostrando al tiempo presente a los Clásicos en cuanto modelos de eterna actualidad”. La filología es también, y por lo mismo, arte, ética. Mezcla heterogénea de varias disciplinas científicas y aún no científicas, la filología no es una ciencia, a juicio de Nietzsche, sino una “tendencia científica”, una disciplina pedagógica”. En ese reparto Nietzsche ya expresa su distancia respecto de su maestro Ritschl, quien sería el filólogo con acento en la actividad de historiador. Y expresa su asentimiento a la existencia de otras concepciones filológicas. Así la filología es también ciencia natural (y no ciencia del espíritu, como quería Ritschl) por su atención al desarrollo de las manifestaciones del instinto (natural) más profundo, el del lenguaje. Es una clara concesión a una perspectiva ajena a Ritschl, la de los filólogos de la lengua. Pero aún más la filología es una práctica

emparentada con la estética, y esto matiza discretamente la idea general de Ritschl sobre la filología como “ciencia del espíritu”. Nietzsche es claro en su apreciación: las diferentes tendencias filológicas son momentos de la filología, ella es también la sucesión de los momentos, los cambios perspectivísticos. Es obvio que Nietzsche mira desde arriba la filología de sus antecesores. Considera que a menudo las luchas domésticas entre partidarios de las tendencias diversas son celos recíprocos, estúpidas cuestiones de rango, y ve en ellas un síntoma del estado aún inorgánico de la actividad filológica, la coexistencia de varias perspectivas unilaterales, aún no armonizadas, no complementarias unas de otras en la actividad potencial de la filología.

Y en cuanto filólogo, Nietzsche quiere mostrar cómo articular, en un problema específico, esas tendencias. Ahora bien, previo a ello hace una consideración que debe dar aún más fuerza a su demostración: y examina cómo de esa situación de fragilidad de la filología resultan acusaciones en su contra que no siempre son equivocadas. En ese análisis Nietzsche se muestra recursivo y seductor. Por una parte, muestra que no quiere referirse a los enemigos bárbaros de la filología, esos narcisos del tiempo presente que consideran “superada la antigüedad clásica” con las técnicas y la industria, con los nuevos estados y las nuevas ciencias. Bárbaros que odian la filología porque temen al ideal en tanto que ideal. No, de ellos “no va a hablar”. En cambio, prestará atención a los enemigos sutiles y verdaderamente poderosos de la filología: los artistas, en particular Goethe, y sobre todo, Schiller.

Para Nietzsche es protocolario, en estos años, introducirse en los problemas que le interesan por mediación de los artistas. Son sus interlocutores naturales, sus iguales, los que hablan de las cosas con verdadera libertad. Son,

también, su defensa afectiva contra el gremio profesoral: con ellos se permite un tono, un paso, una manera de argumentar que raramente aceptarían los topos filológicos. Y ellos lo impulsan, con sus objeciones profundas, a pensar seriamente el sentido de la filología, de la filosofía. Así será también como inicie Origen de la Tragedia ó Filosofía en la Epoca Trágica, apelando a los artistas, discutiendo con ellos, conversando sobre sus apreciaciones. Sin ánimo de grandes tesis, puede afirmarse que, en este sentido, Nietzsche desarrolló hasta su punto extremo la perspectiva estética del trabajo filológico, y le concedió un peso específico, en los análisis, inaudito para los hábitos filológicos de la época. Puso a prueba desde dentro la objetividad de la filología, no para negarla, sino para llevarla hasta un punto en que debió volverse contra sí misma, por razones estéticas.

Nietzsche apela a los artistas en defensa de la filología contra los bárbaros, y a la vez encuentra en ellos una hostilidad algo fundada. En efecto, dice, ni como historiador ni como naturalista ha podido el filólogo conservar el “aroma maravilloso del ambiente clásico”. Al filólogo le ha faltado sentido estético, y ese es el reproche de los artistas a los filólogos, bien configurado en los versos de Goethe contra Wolff:

***“Vuestra perspicacia, digna de vos,  
nos ha eximido de toda veneración,  
y confesamos generosamente  
que la Iliada es un zurcido.  
Que a nadie lastime nuestra defección.  
La juventud sabe de sobra  
que nosotros la sentimos y pensamos  
como un todo.”***

Pero Nietzsche considera injustificados esos reproches; y graves, por venir de hombres que son sin duda amigos de la Antigüedad Clásica. Y emprende la defensa de la filología enfrentando uno de los problemas más atacados

por Schiller y Goethe, el de la cuestión homérica. Confluyen así dos líneas temáticas: una, la proveniente del análisis del objeto, medios, y dificultades actuales de la filología para articularse orgánica y establemente, se desarrollará aquí como aplicación positiva y renovada de los métodos filológicos en la discusión de un problema “de especialistas”, la cuestión homérica. Otra, la proveniente del análisis de las dificultades y enemigos exteriores de la filología, se desarrollará aquí como defensa de la filología (defensa activa, ataque incluso a las opiniones de Schiller y Goethe) probándola capaz de conservar y enriquecer el conocimiento sobre Homero y su obra. La estrategia es de una eficacia y coherencia ejemplares, un verdadero estilo para coger el problema por los dos cuernos. Y la eficacia dialéctica (alguien diría mejor retórica) del procedimiento es sorprendente: en el lector del texto se suscita la idea de una demostración mucho más fuerte pues con el planteamiento y reflexión de un solo problema resuelve dos cuestiones igualmente decisivas, la del valor y la del sentido de la filología. Resulta así, de paso, que pocos estudios como este son capaces de saltar en defensa de las ciencias humanas con tanto poder de convicción. Las preguntas que Nietzsche se hace, que afronta, y las respuestas que da, aún hoy son un arma teórica para defender las ciencias humanas del asedio de los bárbaros y los narcisos sin otro espejo que la modernidad ó la postmodernidad. Aquí, la defensa de la abuela también protege a las nietas.

Nietzsche se concentra en un punto, el de la personalidad de Homero. A pesar de no ser en ese momento un tema vivo en la reflexión lo considera el núcleo de los trabajos incluso actuales (a 1869) de la filología, un problema siempre interesante. Desde los gramáticos alejandrinos hasta Wolff, un problema típico de filólogos. Los gramáticos alejandrinos vieron la

posibilidad psicológica de un Homero. La diversidad de las expresiones lingüísticas y conceptuales de las epopeyas (las que detectaron con agudeza ejemplar) la explicaban inventándose una deformación de lo homogéneo inicial por la tradición oral (de redactores improvisados y cantores). Tal compilación habría comenzado en tiempos de Pisístrato; antes de ello la epopeya se transmitió por tradición oral. Para Nietzsche esta tesis alejandrina es admirable, es la investigación filológica destruyendo el mito de una época libresca inicial. Wolff, –tras un intervalo de historia monstruosamente largo y vacío– toma por segura tradición lo que para los gramáticos alejandrinos era hipótesis de trabajo. Y afirma la existencia de Homero como personalidad psicológica unitaria basado en las partes “regulares y armoniosas” de las epopeyas y desechando lo demás como no homérico. La posibilidad psicológica de un Homero se tornará cada vez más necesidad psicológica. Sin duda, entre los alejandrinos y Wolff, y aún después, hay un invariante en lo referente a la cuestión homérica: el reconocer en Homero una personalidad palpable y no una esencia divina. Y esto es también dicho en elogio de la filología. Sin embargo, de los alejandrinos hacia atrás, Homero como personalidad es cada vez más difuso. Aristóteles lo concibe como el artista immaculado e infalible, con plena conciencia de sus fines y sus medios, concepción que Nietzsche juzga ingenua y en oposición con la crítica histórica por hacer caso omiso de la tradición oral. Y antes de Aristóteles, hasta Heródoto, se observa la incapacidad de concebir una personalidad de Homero, autor de multitud de grandes epopeyas. Y antes aún, por tiempos de Pisístrato, Homero abarca multitud de cosas heterogéneas. Homero, dice Nietzsche, era por entonces algo así como el nombre de una cáscara vacía.

Tal análisis histórico del problema de la personalidad de Homero lo conduce a plantearlo

ahora de manera distinta: “¿Acaso la personalidad de Homero llegó poco a poco, por no poderla concebir, a ser un hombre vacío? ¿O el pueblo ingenuo personificó toda la poesía épica, para hacerla intuitiva, en la figura de Homero? Es que se hizo de una persona un concepto, ó de un concepto una persona? Esta es realmente la cuestión homérica, aquél problema central de personalidad (...), aquél asombroso problema que andando de mano en mano ha ido perdiendo progresivamente su sello de origen: creaciones poéticas, para rivalizar con las cuales ha faltado el ánimo a los más grandes genios, en las cuales hemos visto insuperables modelos para todas las épocas artísticas –y sin embargo, su autor, un hombre vacío, quebradizo, en el cual no se encuentra la médula de una personalidad?” Problema agudo, sorprendente, que como dirá Nietzsche luego, ni siquiera se podría plantear por fuera de la filología y la crítica histórica.

Como una solución a ese problema, nace un concepto eminentemente filológico: el de “poesía popular”. Una fuerza más poderosa y primitiva que la de cualquier individuo creador habría engendrado las epopeyas. “Sentimos el desencadenamiento de una facultad natural de gusto artístico amplia y profunda –una catarata”. Después, dice Nietzsche, “nosotros los filólogos” colocamos involuntariamente, en lugar del alma popular poetizante una masa popular poetizante: poetas populares en nada individuales, impulsados por el alma popular, genios primitivos como concertados por un asunto. Y, juzga Nietzsche, a partir de este invento se producen dos partidos filológicos: los que enfatizan el conjunto de la obra y el genio único que la concibió perfecta ( y tal partido desecha los detalles no tan armoniosos como retazos y añadidos posteriores a la gran obra) y los que oscilan entre la idea de un genio acompañado de poetas epígonos y la idea de una serie de hábiles juglares, medianas individualidades

animadas por una secreta corriente de sentimiento poético popular.

Nietzsche muestra que esta división tiene como punto de partida un juicio estético. Las dos tendencias, la ambigüedad de sus puntos de vista, lo justo de ambas maneras de ver, consistentes en su interpretación pero opuestas en su sentido, se explican a la luz del límite que se establece, estéticamente, entre las manifestaciones del individuo genial y el alma poética popular. Notemos cómo deriva el problema. Ahora es un diálogo intrafilológico, sobre el valor de un juicio estético – y Nietzsche muestra aquí cómo usar la filosofía para reubicar el problema. Pero antes, como cada vez, vuelve a insistir en el mérito de la filología para poder plantear así el problema: aunque sin duda se abusa del concepto de poesía popular, tiene buen origen, forjado como fue en los talleres de la investigación filológica y la crítica histórica. En efecto, sólo la filología pudo

***“preparar el terreno para una consideración científica aproximativa de la historia, que hasta entonces y en muchas de sus formas, era una simple colección de materiales, en espera de que se amontonasen hasta el infinito, sin creer que se podría llegar nunca a encontrar una ley y una regla para esta pulsación eternamente renovada. Ahora se comprende por primera vez el poder largo tiempo sentido de las grandes individualidades y en manifestaciones de voluntad que constituyen el mínimun evanescente de la Humanidad; ahora se comprende que toda verdadera grandeza y trascendencia en el reino de la voluntad no puede tener sus raíces en el fenómeno efímero y pasajero de una voluntad particular; se conciben los instintos de la masa, el impulso inconsciente del pueblo, como el único resorte, como la única***

### ***palanca de la llamada historia del mundo”***

Pero filosóficamente hablando, el concepto de poesía popular, de alma popular, son extrapolaciones. “Pues más allá del individuo en la esfera de la voluntad no hay evolución del intelecto ó las ideas artísticas. No hay masa que no sea inestética y antifilosófica. Y si se aceptara el concepto de poesía popular quedaría aún la necesidad del individuo transmisor. El concepto de alma popular poetizante se muestra poco útil”. La demolición es tenaz por parte de Nietzsche, hasta conducir el concepto a su nivel de indiferencia. Aunque, por otro lado, qué individuo Homero, sin sus datos biográficos, sin conocimiento cierto de los acontecimientos homéricos? Sólo un nombre, unas obras. De donde los que creen en el individuo Homero – mecánicos de la individualización los llaman – hacen un juicio estético: lo bueno es Homero, la excrecencia es la tradición.

Así, en resumen, Nietzsche muestra que el nombre Homero no guarda desde el principio relación necesaria ni con el concepto de perfección estética ni con las epopeyas. Homero no es una tradición histórica, es un juicio estético. Y tras la discusión, bien controlada, de los argumentos en pro y contra de la personalidad de Homero, Nietzsche plantea su propio punto de vista: Homero –explica– fue primero el nombre del fundador mítico de una rama nueva del arte, la poesía heroica; un nombre como los de Orfeo y Dédalo. Homero representa al padre de la poesía épica, de la epopeya heroica. A ese fundador mítico se dedicaban todos los frutos que la nueva rama producía. Las innumerables fábulas homéricas, los famosos poemas, los muchos cuadros épicos a Homero atribuidos, expresaban el sentimiento colectivo de una singularidad en la materia y en el modo de tratarla. Una epopeya como La Iliada “no es una corona sino un ramillete”, a

una suma de cuadros apenas hilvanados sin un plan. Sólo con posterioridad apareció éste, después de haberse “orillado ya el peligroso camino de la tradición oral”. El plan es posterior a Homero, y sin embargo esa inteligencia consciente y finamente educada que ordenó el conjunto de cuadros y lo presentó como un todo intuitivo, aquel “admirable genio” que compuso La Iliada, sacrificó su nombre en el altar de aquel padre mítico, de Homero. Una materia instintivamente recopilada por la masa, por un impulso inconsciente del pueblo griego, un Homero mítico padre de aquella materia, y un artista excelente, que la elabora conscientemente, que la ordena y transfigura poéticamente, posterior a Homero, a cuyo mito sacrifica su propio nombre: “nosotros creemos en un gran poeta autor de La Iliada y La Odisea, sin embargo no creemos que este poeta sea Homero”. Nietzsche resalta cómo el examen de “dos facultades tan heterogéneas como lo instintivo y lo consciente” modifica enteramente los términos de “la cuestión homérica”.

Luego extrae una coda: todo ese problema espléndido acerca de la identidad de Homero sería impensable sin la meditación filológica. Aquellos que creen ver ahora el mundo antiguo bañado en claridad y adoran el genio helénico, en Homero patente, no deberían olvidar que, antes de Wolff y la filología, todo aquello era un mundo sumergido, “sepultado bajo enormes prejuicios”. Con esto el argumento cerrábase impecable, incluida una respuesta a la crítica de los artistas al trabajo de los filólogos. Y para terminar esa disertación inaugural Nietzsche condensa en una fórmula breve la meta de sus esfuerzos de conocimiento: “la actividad filológica debe estar impregnada de una concepción filosófica del mundo, en la cual todo lo particular y singular sea condensado como algo despreciable, y sólo quede en pie la unidad del todo”. Esta profesión de fe, en su ingenuidad de enunciación, marca de una vez la enorme

distancia que mediaba entre Nietzsche y la comunidad de los sabios especialistas, para los que difícilmente lo particular y singular podría considerarse desdeñable o despreciable. Pero el mensaje pasó desapercibido o fue interpretado en un sentido neutral. Después ya nada sería lo mismo.

### 3. Los años del camello.

Ante la contundencia de las demostraciones filológicas del discurso inaugural, la juventud del conferencista, y su grado obtenido sin pasar por las pruebas rutinarias, perdieron importancia: la sola erudición exhibida en forma tan apropiada era la prueba de facto de las calidades académicas de Nietzsche. Fue nombrado profesor extraordinario, con 6000 francos anuales de sueldo; además de los cursos superiores de griego, y la dirección del seminario de filología en el Pädagogium, el Instituto más importante de educación secundaria a cargo de la municipalidad de Basilea. Durante el primer cuatrimestre de su actividad profesoral, en el verano de 1869, Nietzsche ofreció dos cursos en la Universidad: una “Historia de la lírica griega, con interpretación de trozos selectos”, y uno sobre “Método y teoría de las fuentes en la historia de la literatura griega”, mientras que, para los cursos del Pädagogium hace una lectura comentada de “Las Coéforas” de Esquilo. En total ofrece unas doce ó catorce clases por semana; de los guiones y textos de las mismas apenas se conservan unos pocos fragmentos, pero el trabajo era intenso, el aprendizaje enorme. Los basilienses miran con simpatía al joven profesor. Entre sus colegas sólo Burckhardt se gana la estimación de Nietzsche; los compromisos con los respetados académicos lo fatigan tanto como lo alegran las visitas a la casa campestre de los Wagner en Tribschen. Durante el cuatrimestre del invierno de 1869-70 Nietzsche ofreció otros dos cursos, una “Historia de los filósofos

preplatónicos” y una lectura comentada de “Los trabajos y los días” de Hesíodo, mientras que simultáneamente concluía, en forma muy satisfactoria, la clase sobre “Las Coéforas” en el Pädagogium. Un escrito de aquel período, “La filosofía anterior a Platón, con interpretación de algunos textos escogidos”, se ha perdido, pero seguramente sus ideas principales se integraron en otros que sí se conservan, lo mismo que sus notas de las clases acerca de Hesíodo ó Esquilo.

A principios de 1870 llegó a Basilea Franz Overbeck, un teólogo de Jena, con quien Nietzsche entabla estrecha amistad, y que fue sin duda uno de los más firmes apoyos intelectuales para sus propias meditaciones sobre el fenómeno religioso. Con Overbeck compartía lecturas e ideas, habitación y esparcimiento. Por la misma época Nietzsche ofrece varias conferencias, “El drama musical en la Antigüedad”, “Sócrates y la Tragedia”, que causan “espantos y malos entendidos” entre los basilienses aunque encanten en Tribschen y den a Wagner ocasión para pronosticar al joven filósofo un porvenir de enorme influjo en la cultura europea. En estas conferencias ya se esbozan nítidas las claves de interpretación dionisiaca del mundo griego que desarrollaría poco más tarde en “El Origen de la Tragedia” y en subsiguientes cursos universitarios. En abril lo nombran profesor numerario. La relación con los Wagner es ahora intensísima, cuando, a mitad de julio, se declara la guerra franco-prusiana y Nietzsche se alista voluntariamente como enfermero, pero a pocas semanas de la campaña enferma de disentería y es dado de alta. Se reintegra a la Universidad, y en el cuatrimestre de 1870-71 ofrece dos nuevos cursos, uno de “Métrica y rítmica griegas”, con un sistema inventado por él mismo para diferenciar y evaluar las potencias de cada pie de la lengua griega, y otro acerca de Hesíodo. En las clases del griego del Pädagogium lee y

comenta, entretanto, “La Oresteia” de Esquilo, y continúa con la dirección del seminario de filología. Hace parte, además, de la Junta de Gobierno de la Universidad, de la Junta de la Facultad y del Comité de Biblioteca. Y tiene tiempo para asistir a un curso de Jacobo Burckhardt acerca del estudio de la historia, y para continuar acendrando la amistad con este sabio al que ahora descubre cómplice en el amor por Schopenhauer. El ritmo de trabajo no le impide escribir su primer libro, ni extensas cartas a sus amigos Rohde, von Gersdorff, ó visitar, cada vez que hay unos días libres, a los Wagner en Tribschen. A finales del año hace a Rohde esta reveladora invitación:

***“Arrastrémonos todavía unos años por esta existencia universitaria, aceptémosla como sacrificio instructivo que hay que soportar rigurosamente y con asombro. Esta existencia debe constituir, entre otras cosas, un período de aprendizaje para la enseñanza (...). A la larga veo yo también el sentido que se alberga en la doctrina schopenhaueriana de la sabiduría universitaria. Una verdad absolutamente radical no es aquí posible. Y sobre todo, de aquí no podrá partir algo verdaderamente revolucionario. Nosotros no podremos llegar a ser verdaderos maestros más que si nos elevamos con todas nuestras fuerzas de esta atmósfera de nuestro tiempo y si somos, no sólo hombres más sabios, sino, sobre todo, hombres mejores. Y justamente por ello no podré soportar por mucho tiempo la atmósfera de las universidades (...).”***

Por aquellos días soñaba con crear una Academia de espíritus libres, siguiendo el ejemplo de Wagner con la creación de una ciudad musical a la medida de su arte. Ahorra de su salario y hasta juega loterías con vistas al porvenir de su monasterio. Y sospecha que se acerca la hora de romper con la filología de la época, de volcar todo el caudal de sus

energías a la práctica filosófica, de vivir en “un arrogante alejamiento” de su comunidad académica. El año de 1871 aparecen los primeros signos de la enfermedad. Insomnios, estados de ánimo “oprimentes y quebradizos”; y sin embargo, en conjunto, Nietzsche siente que se aclara su vocación de filósofo, que lo guía un genio propicio, y cuanto aprende parece encontrar lugar armónico en su mundo espiritual. “Tan pronto veo crecer un trozo de nueva metafísica como una nueva estética; en seguida me ocupa un nuevo principio educativo, con absoluta negación de nuestros institutos de segunda enseñanza y de nuestras universidades”, escribe a Rohde a inicios de primavera. Sólo anhela salud para redondear un hermoso mundo:

***“¡Ay, y cómo anhelo la salud ! No hace falta sino proponerse algo que ha de durar más que uno mismo; y desde ese momento se siente uno agradecido por cada noche tranquila, por cada cálido rayo de sol, por cada buena digestión...”***

Los sucesos de la Comuna de París lo conmueven en lo más íntimo. A von Gersdorff escribe en Junio, que

***“(...) Más allá de la lucha de las naciones nos ha espantado esa hidra internacional que tan repentina y terriblemente ha aparecido como heraldo de otras luchas completamente distintas en el futuro; (...) nuestra vida moderna, más aún toda la vieja Europa Cristiana y su Estado, pero, sobre todo, la “Civilización” románica que hoy domina por doquiera, ponen de manifiesto precisamente en aquel fenómeno las tremendas lacras inherentes a nuestro mundo: cómo todos nosotros, con nuestro pasado entero, somos responsables de tales horrores, de***

***suerte que deberíamos cuidarnos muy mucho de imputar arrogantemente sólo a aquellos desdichados el crimen de combatir contra la cultura. Sé lo que significa esta frase: combate contra la cultura. Cuando me llegaron noticias del incendio de París, me quedé durante unos días aniquilado y disuelto en lágrimas y dudas; me parecía que, si un solo día podía destruir maravillosas obras artísticas e incluso borrar períodos enteros de la historia del arte, toda la existencia artístico-filosófica era un absurdo. Con profunda convicción me así al valor metafísico del arte, el cual no puede existir por razón del pobre ser humano, sino que tiene que cumplir más elevadas misiones. Pero incluso en medio de mi mayor dolor no me sentí capaz de arrojar una piedra contra aquellos criminales, los cuales no eran para mí más que portadores de una culpa colectiva, sobre la que hay mucho que meditar”.***

Nietzsche captó perfectamente el sentido histórico de los acontecimientos de París. En la Comuna percibe la irrupción de una fuerza nueva en el escenario histórico, una potencia de aniquilación bajo cuya hegemonía se desequilibrará la cultura europea y cristiana, la “civilización” con fundamentos romanos: la religión y el derecho, las iglesias y los estados, el pensar en las artes, las lenguas y los afectos, amenazan ruina en el horizonte de ese combate cuyos alcances posibles se muestran en el incendio de París. Nietzsche llora, días y días, duda; su confianza en la humanidad se tambalea –tal vez también en sí mismo, en el significado de su existencia–. Por esos mismos días escribe su primer libro, “El Origen de la Tragedia”, cuyo argumento relievra precisamente como “el arte es la actividad metafísica por excelencia”, la potencia moduladora del caos que nos engendra y nos lleva consigo, una forma soberana de ordenar y mensurar la espantosa existencia que nos tocó en suerte, de dar sentido a la soledad esencial del hombre entre las

criaturas, de hacerle sentir uno con la naturaleza. Así se aferraba el filósofo a su fe, mientras que la noticia –falsa o cierta, no importa aquí– del incendio del Louvre por los Comuneros estremecía su alma entera. Pero su fino instinto y su sapiencia no le dejan juzgar lo acontecido como el fruto de una larga historia, de una cadena de falsificaciones e indolencias, de una “culpa colectiva” de la que los Comuneros apenas son “los portadores”.

A finales de aquel año se publica “El Origen de la Tragedia”, síntesis admirable de los estudios que el profesor Nietzsche había venido realizando acerca de Grecia desde su alumnado con Ritschl, y que se incrementaron y profundizaron asombrosamente con la preparación de sus cursos basilienses, las conversaciones con sus colegas Burckhardt y Overbeck, y los coloquios de Tribschen. Dedicada a Wagner, la obra es una meditación sobre el pesimismo helénico, “pesimismo de los fuertes”, y sobre la tragedia como armisticio múltiple, el equilibrio y la embriaguez, la serenidad y el horror que el espectáculo de la existencia suscita en el alma griega. Es también una historia del helenismo del sátiro al sabio, de Jonia a Alejandría, inflexión y cambio de régimen. Espléndida lección filológica (en el triple sentido antes expuesto: como historia, como ciencia natural y como estética), “El Origen de la Tragedia” causó admiración y espanto. En Tribschen sonó como música del porvenir, mientras que Burckhardt, Overbeck y Rohde leían allí la primera gran realización de una filología; el maestro Ritschl guardaba un calculado silencio y Wilamowitz desfogaba sus iras y su despecho sobre el joven profesor, a quien comparaba (sin saber lo que hacía) con un sátiro dionisiaco...

Y entretando el profesor Nietzsche ofrecía, para el cuatrimestre de aquel invierno de 1871-72, dos nuevos cursos, uno de “Introducción al

estudio de Platón” y otro de “Epigrafía latina”, y preparaba para después de Año Nuevo seis conferencias acerca del “Porvenir de nuestros establecimientos de enseñanza”; además componía, para dos pianos, “Eco de una noche de Año Viejo, con canto de procesión, baile campesino y campanas de medianoche”, que interpretaron él y Overbeck, y cuya partitura entregó a Cósima Wagner como regalo de navidad. Ella fue para Nietzsche, desde entonces y para siempre, la amada imposible.

De ese mismo año 1871 son dos textos breves pero muy importantes: “El estado griego” y “La mujer griega”, por lo que enseñan acerca del llamado “aristocratismo de espíritu” nietzscheano y acerca de su singular comprensión del helenismo. En el primero de ellos expone Nietzsche la concepción helénica de lo mismo: “la dignidad del hombre”, la “dignidad del trabajo” son consuelos –a su juicio– propios de un ser esclavo, son consejos de simuladores. El trabajo, para los griegos, era una humillación y una vergüenza, y “algo lamentable”, “la sombra de un sueño”. La cultura “requiere necesariamente, esencialmente, la existencia de la esclavitud”: este buitres –dice Nietzsche– “roe las entrañas de los Prometeos”. Si los condenados de la tierra pudieran alguna vez imponer su ley, sería tal la cadena de las reivindicaciones a que someterían a los hombres que sólo quedaría tiempo para igualarse en el sufrimiento, destruidos todos los enclaves de la cultura, perdidas las aspiraciones por la vida del espíritu, impuesta la iconoclastia contra el arte, la belleza y la esperanza. Nietzsche habla del rencor del esclavo contra lo que es, verdaderamente, “digno” y noble y afirma que el Estado es el medio, el cruel pero eficaz instrumento forjado por la Naturaleza para que una enorme masa se subordine a la voluntad de unos pocos hombres de cultura, genios bajo cuyo designio esa masa se ordena, suma esfuerzos y se

coordina en nombre de más altos designios que los de reivindicar su derrota como dignidad, su esclavitud como liberación; el Estado es la objetivación de una voluntad superior a los individuos, una fuerza plástica y formante que evita la “descomposición química” de la sociedad, que impulsa esa masa subordinada a las más heroicas hazañas, a las conquistas más increíbles, a las guerras más espantosas, y a preparar, para los interludios de carácter propicio, la floración del genio. El verdadero hombre de Estado es por esto un Artista, y su actuar es un Arte. Lo que se produce, ese pueblo y sus obras y sus guerras, no estaba ahí, es producto del Estado, es como una obra de arte que se fabricó bajo aquel “vínculo de acero que rige el proceso social”.

Luego contrasta Nietzsche esa idea griega del Estado con lo que ve acontecer modernamente, cuando hombres que se sienten por encima de los instintos populares y estatales –y Nietzsche los nombra sin titubeos: “los verdaderos cobardes, esos solitarios del dinero, hombres internacionales sin patria, que carecen naturalmente de instinto estatal”–, consiguen poner al Estado al servicio de sus fines individuales y convierten “la política en instrumento bursátil y Estado y sociedad en aparato de enriquecimiento”. Pervertirán la guerra y la paz entre las naciones, indica, y sugiere hacerles una guerra implacable, por los que sufren, en nombre del Arte, de la vida y de la esperanza para el hombre. Y concluye “El Estado y los griegos” con un emocionado elogio de “La República” de Platón por cuanto allí se expone con diafanidad el fin del Estado, su origen horrendo y su necesidad metafísica. “Platón hundió su mirada en el campo infinitamente devastado de la vida del Estado y adivinó la existencia de algo divino en su interior”. Que el genio del arte fuese expulsado de aquella República es para Nietzsche cuestión adjetiva, fruto de la teoría socrática –y esclava–

del arte, que no afecta la esencia grandiosa de su concepción y su proyecto.

También “La mujer griega”, el otro escrito nietzscheano de esta época, tiene por motivo interpretar un texto platónico, y como en el antes reseñado, se esfuerza Nietzsche por aclarar la aparente obscuridad de un juicio del filósofo griego, esta vez sobre el lugar de la mujer en la vida del Estado; y contra el juicio moderno acerca de la concepción griega, por muchos considerada “indigna y cruel”, muestra que pocas de las “ilustradas” mujeres contemporáneas podrían compararse en ningún sentido con una Penélope, una Antígona, una Electra. Y culmina su argumentación con un golpe maestro: la mujer griega equilibraba el Estado. Grecia, mientras creció y prosperó, elaboró sus obras de arte, habló por “una” boca, por “una” Pitonisa. La voluntad dijo su sentencia por boca de una mujer mientras Grecia era potencia expansiva, Estado y obra de Arte.

El año de 1871 ha de considerarse pues nuclear en la producción intelectual de Nietzsche. Durante él se producen acontecimientos que conmovieron su visión del mundo, que lo obligaron a intensificar y aclararse su relación con el arte y la filosofía, con el pasado y el presente; las guerras exteriores se redoblan en la guerra interior de su organismo. Hasta cierto punto Nietzsche no sabía quién era el enfermo, si él ó la época. Sus primeras aprehensiones del nihilismo y el resentimiento como potencias históricas, sus primeras enunciaciones sobre el pesimismo de los fuertes, su primer libro sobre la concepción dionisiaca del mundo, se fechan en este 1871. Su alma se expandía y ahondaba, sus afectos se enriquecían al contacto con esos amigos espléndidos, Burckhardt, Overbeck, Rohde, los Wagner. Las visitas a Tribschen eran una embriaguez y una fiesta espiritual. Y todavía el comienzo de 1872 luce auspicioso: Nietzsche rechaza la invitación

ingresar a otra universidad, lo que sabido por los basilienses acrece la simpatía y veneración de los estudiantes, que hasta serenata de antorchas querían llevarle en agradecimiento; y desde principios de enero ofrece las seis conferencias sobre “El porvenir de nuestros institutos de enseñanza”, que causan “sensación” y “entusiasmo”, según sus propias palabras. Y hace una alianza con Ricardo Wagner, el maestro, el amigo y el cómplice en Schopenhauer. Nietzsche se siente muy próximo ahora del gran músico.

Pero no duró mucho: ya a fines de enero escribe a Ritschl implorándole algunas palabras acerca de su libro, y una crítica excelente de Rohde a la misma obra es rechazada para publicación. Nietzsche opina que ahora sólo queda esperar oír conceptos malignos ó estúpidos acerca de su “Origen de la Tragedia”, pero afirma, con plena seguridad, que ya se irá escuchando resonar esa obra a través de los siglos, en un curso lento. “Ciertas cosas eternas se hallan expresa aquí por primera vez”. Y a Gersdorff le expresa:

***“Por lo que a mí mismo se refiere nada me preocupa, pues nada quiero para mí, y menos que todo hacer carrera. Ahora sigo trabajando en mis problemas pedagógicos”***

Y lo invitan a Grecia pero no acepta. ¡Si Grecia está en su alma! “No es necesario que salgas de tu casa” –decía otro iluminado.

Y para redondear ese aislamiento que va creándose, los Wagner abandonan, a fines de abril, su residencia de Tribschen. La desolación de Nietzsche duró el resto de su vida. La narración del final de los días de Tribschen, hecha en una carta a Gersdorff es conmovedora:

***“(…) El sábado último tuvo lugar la triste y emocionante despedida de Tribschen. Tribschen se ha terminado: como entre escombros íbamos de un lado para otro, la emoción gravitaba por doquier, en el aire, en las nubes; el perro no quería comer, la familia de los servidores comenzaba a sollozar en cuanto se le dirigía la palabra. Empaquetamos los manuscritos, las cartas, los libros. ¡Todo tan triste! ¡Qué no significan para mí estos tres años en que he vivido en las proximidades de Tribschen, en los que he realizado veintitrés visitas aquí! Si me faltara ¿qué sería yo? Me siento feliz de haber petrificado en mi libro este mundo de Tribschen”.***

Fueron los días más felices de su vida, sus días olímpicos. De ahí en adelante se irían distanciando más y más, Wagner vuelto el empresario de Bayreuth y el cristianizador de Wotan, Nietzsche devenido filósofo errante, enfermo sin remedio posible; pero la amistad y el idilio –imposible– de Tribschen, los días de música y diálogo, eso nunca lo olvidaría Nietzsche.

Se refugia entonces en el estudio de los griegos. Asiste al curso de Burkhardt del cuatrimestre de verano, y estudia fructíferamente a los filósofos preplatónicos. La vida en Basilea le parece tranquila, como la de “una finca reducida”, y sus obligaciones académicas lo mantienen ocupado. Ritschl hasta cree que tanta diligencia indica un “retorno” del filólogo del Origen de la Tragedia al buen cauce y a la recta vía. Los comentarios a su libro llegan destemplados y descalificadores desde Berlín, Bonn y Leipzig. Solamente Rohde sale, brioso y airoso, en defensa de la obra, lo cual Nietzsche agradece, sinceramente apenado por la persecución que sobre el amigo caerá debido a ese gesto, “Ahora estamos los dos en el índice”,

manifiesta en una carta de ese año. Y en Basilea no se presentan estudiantes de filología para el cuatrimestre del invierno de 1872-73, y una "liga secreta" retiene a un estudiante alemán que pretende estudiar allí, mientras que de la Universidad se retiran veinte estudiantes. Nietzsche ofrece "con gran dificultad" un curso acerca de "La retórica de griegos y romanos" en el que se matriculan apenas dos alumnos. Se queja con cierta amargura de lo que sucedía:

***"Ya ves cómo se ayudan los "cuertos": no decretan, es verdad, el cadalso contra los ingenia desagradables, pero esa sospecha sinuosa, malvada, les es de mayor provecho (...) porque socava la confianza de la generación venidera. Schopenhauer había olvidado este ardid"***

En cualquier caso las expresiones de aprecio por la obra, por parte de autoridades como Burckhardt y los Wagner, Overbeck y Rohde, Vischer y von Gersdorff, compensarían ese cerco de hostilidad tendido alrededor suyo por la comunidad filológica: "mi libro no está escrito para filólogos" aun cuando también ellos podrían aprender en él "algunas cuestiones puramente filológicas", escribe sereno a Malwida von Meysenburg en noviembre de 1872. Y en diciembre se reúne con los Wagner en Estrasburgo, feliz por la "comunidad de ideas" entre ellos; poco más tarde envía a Cósima un manuscrito con "cinco prólogos a cinco libros no escritos": "El Estado griego", "La competición agonal" ó "La lucha de Homero", "Sobre el pathos de la verdad", estudios helenísticos de hondas implicaciones epistemológicas, elaboradas como materiales de los cursos, y que por fortuna se conservan; y dos textos de carácter político directo, sobre "La relación de Schopenhauer con la filosofía alemana" y el prólogo para las conferencias sobre "El porvenir de los establecimientos de enseñanza".

Particularmente hermoso y profundo es el texto llamado "La lucha de Homero", que trata sobre los dos sentidos de la competición agonal, según se trate de la rivalidad y los celos y la envidia pre ó post homéricos, de los héroes hesiódicos ó los héroes épicos. "Dos diosas de la Discordia hay en la tierra". Una de origen crónico y otra de origen jovial. La primera predica "las disputas enconadas y la guerra, ¡la crueldad! (...); la otra fue puesta por Zeus (..), se encarga de impulsar al hombre desdichado al trabajo; y cuando alguno ve que otro posee la riqueza de que él carece, se apresura a sembrar y plantar y proveer su casa; el vecino rivaliza con el vecino, que se afana por el bienestar de su casa. Buena es esta "Eris" para los hombres. También el alfarero odia al alfarero y el carpintero al carpintero, el mendigo al mendigo y el cantor al cantor" Esta "Eris" alimenta rencor y rivalidad, envidia y celos entre los hombres, pero los incita no a la guerra sino al atletismo. "También el artista se encona con el artista, también Sócrates compite con el sofista, Jenófanes con la memoria de Homero. Emulación, lucha, están en la esencia de la Grecia más culta y estilizada: la competición agonal sublimó el ejercicio de las pasiones más sombrías, las tornó pasiones sociales y estatales; y cuando aquella rivalidad y aquel celo degeneró, volvió a ser prehomérica, feroz, cruel y bárbara...

Esta obra constituye, por la tesis expuesta y por la manera de probarla, un aporte seguro a la comprensión del helenismo. En el espíritu de Hesíodo, es uno de esos textos serenos y elocuentísimos que Nietzsche compuso en estilo pedagógico, explicativo. La erudición, asombrosa, sólo entra en juego en puntos precisos, para ofrecer el ejemplo perfecto, la cita contundente. La argumentación, seguida, se mantiene tensa como el hilo de Ariadna, y presenta en síntesis admirable un pathos obscuro y destructor vuelto –por gracia del arte– potencia fecunda y creadora, divina Eris,

fructuoso Combate, fértil Discordia. La prosa amplia, musical, elegante y sencilla; la lección profunda y memorable, consoladora.

Igualmente sabios y hermosos resultan los textos del curso de aquel invierno de 1872-73 al cual sólo se matricularon dos estudiantes y que versó acerca de la “Historia de la elocuencia griega”. Nietzsche se mueve como pez en el agua por los clásicos greco-latinos, y caracteriza con nitidez las distintas edades de la retórica, sopesando justamente el valor de la elocuencia para los griegos, evocando delicada y sobriamente a los maestros del canon. Aquel curso debió ser una lección superior sobre cultura griega. Los grados de libertad de la interpretación de Nietzsche son, aún para los eruditos contemporáneos, asombrosos: sobre toda nada de socrático, ninguna reducción de la grandeza de los retóricos y sofistas por vía platónica. El texto que se conserva es un indicador seguro de la sapiencia alcanzada por la filología y la historia de la época basiliense – Rohde, Burckhardt, Overbeck–, y muy en particular del dominio alcanzado por el propio Nietzsche del conjunto de la cultura griega, de la que prácticamente ningún aspecto le pasó inadvertido. Ahora bien, que a semejante curso asistieran sólo dos alumnos es a su vez indicador seguro de la estulticia que reina, disimulada, ayer como hoy, hasta en los mejores establecimientos de enseñanza. ¡Cómo sería escuchar al profesor Nietzsche leer en griego trozos de Empédocles y Lisias, de Isócrates y Esquines; y atender a sus traducciones, sazonadas con explicaciones riquísimas de orden lingüístico y etimológico, histórico-filológico, semiológico-filosófico; y embelesarse con esas lecciones plenas de erudición antigua y moderna, impartidas con entusiasmo y generosidad por parte del docente! “Yo domestico osos”, “nunca tuve que forzar a un alumno a estudiar”, “aprender era una fiesta” son frases que Nietzsche empleó mucho más

tarde, ya recapitulándose, para evocar sus artes pedagógicas y sus cátedras basilienses.

Por el momento trabaja intensamente, uncido al yugo de su deber académico, camello en el desierto de las cuestiones filológicas. Hacia marzo de 1873, concluido ya el octavo cuatrimestre de sus lecciones en Basilea, anuncia a Rohde un nuevo libro, de lenta gestación, sobre la filosofía griega, y en abril cuenta que leerá en Bayreuth su estudio sobre “La filosofía de la época trágica de los griegos”; es un texto lejano todavía de la forma de un libro, afirma, y antes de concluirlo ó reescribirlo (en un cuarto recorrido por el tema) habrá de hacer diversos estudios de matemáticas, mecánica, teoría atómica, química, etc –tales son las especulaciones que suscita la lectura de los presocráticos. “Una vez más –escribe a von Gersdorff– me he convencido, y de la manera más maravillosa, de lo que los griegos son y fueron. La ruta de Tales y Sócrates es algo gigantesco”. Lleva pues, a Bayreuth, esa joya, y la secreta esperanza de “recuperar, una vez más, valor y alegría”. El día previo a su partida está inquieto como un niño ansioso, sueña con empastar un libro, con encuadernarse a sí mismo entre los amigos, y no dejar que se le pierdan hojas. En una carta confiesa: “A veces siento una aversión infantil contra el papel impreso, el cual me parece entonces sólo un papel ensuciado”. Todo lo espera del reencuentro con Rohde y Wagner, un verdadero descanso de su yugo académico sólo le parece posible en Bayreuth. Pero de allá regresa a Basilea “en un estado tal de constante melancolía, que, al fin, no he podido encontrar salvación más que en una ira sacrosanta”. Y se desfoga, y lanza rayos y centellas, y aplica el sarcasmo y el despecho en contra de uno que tipifica todo el nuevo espíritu alemán tras la “victoria” de la guerra franco-prusiana y el espectáculo creado en torno de Wagner y Bayreuth: David Strauss, educador

y político y “filisteo” y “pésimo escritor”. Fue un ataque demoledor, y Nietzsche –cruel y feroz– se reiría siempre de cómo hizo para vengarse de los desengaños que le produjo aquel primer festival de Bayreuth al que asistía. Siempre se jactaría de haber constituido los conceptos de “filisteo” y de “filisteísmo” –que llegaron a ser uso generalizado en la Europa finisecular decimonónica– precisamente para pintar literariamente a todo un tipo ó carácter de alemán (y de hombre). La reacción solidaria de Strauss, Wilamowitz y sus cohortes, y otros miembros de la liga secreta, que incluyó el llamado contra Nietzsche de policía, autoridades, colegas y universidades, vetándolo para enseñar en Alemania, fue vivida por el profesor como incidente jocoso. Evidentemente estaba por encima de las circunstancias, fortalecido con su desfogue; después decía: “yo replico a los agravios con picardías. Los que se callan se vuelven dispéuticos”.

Aquel mismo año de 1873 escribe y publica una segunda “consideración intempestiva” – un segundo desentono o desenfreno –diría él, jugando– esta vez acerca de la “Utilidad e inconvenientes de los estudios históricos para la vida”. Nietzsche la escribió bajo el filo de la agresividad en contra de Hegel y los neohegelianos de la universidad alemana, sobre todo contra la “filosofía de lo inconsciente” de Edward von Hartmann, una “chusca invención” y una “bribonada filosófica” según el texto. Es pues, en tal sentido, un exposición de su filosofía de la historia para contraponer a la de los neo-hegelianos. Igualmente es un texto de filosofía política y de ética. A una “cultura histórica”, a una época historicista, envanecida por la amplitud alcanzada en sus estudios del pasado, que se considera en condiciones de compulsar todo lo ya acontecido y asignar a la historia un sentido y finalidad ideales y mediocres –la vida confortable, la jornada laboral segura, el tiempo de ocio para desarrollo de la

vida intelectual, el reino de los mediocres, sin riesgo de las perturbaciones que introducen las potencias superiores y los trabajos de la naturaleza–, que se considera enganchada en el proceso universal hacia la salvación, que predica “el abandono completo de la personalidad, a favor del proceso universal, para alcanzar el fin de éste, que es la salud universal” (¡qué palabrería ostentosa!), opone Nietzsche una burla despiadada y una idea de la historia fraguada en Schopenhauer, cierto, pero probada y meditada larga, intensa y angustiosamente en los trabajos del propio Nietzsche como historiador y filólogo helenista y latino.

***“El “fin” de la “humanidad” no puede estar al cabo de su destino, no se puede alcanzar más que en sus tipos más elevados”.***

El “fin” de la historia es perpetuo: hilar ese recorrido de azares y rupturas, de olvidos y extravíos, como si llevase a un fin determinado, como si hubiera unas “leyes” de desenvolvimiento, una lógica de la historia por sí misma desenvolviéndose, causa sui, le parece a Nietzsche metafísica vulgar, religión deteriorada, la negación retorcida de las potencias inventoras de la vida y la naturaleza, y en fin, superchería de funcionarios académicos. Es la moral filisteo y burguesa imponiendo a la Historia –que según Nietzsche es “el compendio de la inmoralidad efectiva” – un “deber ser”, una moralidad trascendente, causas finales conducentes a santificar el hastío, a disimular esa vida mediocre, ese anonadamiento que sobrevienen al hombre contemporáneo ante su devenir de renuncia, fatiga y esclavitud.

Nietzsche hizo, en aquella intempestiva, el más bello y hondo elogio de la Historia como potencia al servicio de la Vida: mostróla imprescindible para el ser que actúa y aspira,

que conserva y venera, que sufre y busca consuelo. Indicó una triple forma de cultivarla, en correspondencia con aquellas tres facetas de la vida plena. De cada una expuso sus rasgos, métodos, fines, y la gracia que la inspira; de cada una mostró el suelo propicio para el cultivo, la hora y la estación de la vida en que son beneficiosas. La historia como remedio contra la resignación, como ligazón con un suelo y unas costumbres, como acicate para inventar y transformar. Del estudio de la historia podemos esperar serenidad, confianza y brío. Pero igual a cada una de las tres formas del cultivar la historia les mostró sus límites:

***“El crítico sin angustia, el anticuario sin piedad, el que conoce lo sublime sin poder realizarlo, he aquí plantas que se han vuelto extranjeras en su suelo nativo y que, a causa de ello, han degenerado y se han convertido en cizaña”.***

Un historiador “monumental”, que sea una naturaleza antiartística, volverá el pasado, el arte sacralizado ya, en contra del arte del presente, siempre dubitativo, al borde de la nada, el caos, y lo desconocido –como es la vida; un historiador “anticuario” por su parte tiende “a conservar la vida, y no a engendrar otra nueva”, momifica el pasado, confunde lo viejo con lo venerable, ignora lo que crece y se expande en cada momento; y el historiador “crítico”, si es un espíritu limitado –aunque sea un gran sabio, pues a menudo se visten una misma camisa– rebajará, resecará cuanto cribe con su malla de “objetividad”. Además no hay nexo necesario entre objetividad y espíritu de justicia. Esa cultura histórica, “con su papel secante” no permite que haya un efecto directo del saber sobre la vida y la acción. “Nunca se produce un “efecto” pero sí siempre una “crítica”.

Y luego mostró cinco maneras como los estudios históricos excesivos pueden ser

perjudiciales para la vida: debilitan la personalidad, crean la ilusión de poseer la vara de la justicia, perturban los instintos populares, propagan el escepticismo y el cinismo. Es lo que constata en Alemania de la época. Y propone dos contravenenos contra esa saturación de cultura histórica: Arte y religión, lo no-histórico y lo supra-histórico. El arte como potencia del olvido y posibilidad de encerrarse en un “horizonte” limitado; la religión como potencia de desplazar la mirada del devenir, de fabular una eternidad y una identidad, como velo de ilusión. No esta o aquella religión (no aparecía todavía Zaratustra en el horizonte del pensador) pero sí la fuerza religadora, la parte de amor sin la que nada puede ser creado. Y después de las críticas crueles y potentes a Hartmann, concluía Nietzsche con un llamado a la juventud alemana, para que pusiera freno a ese exceso de estudios históricos a que los sometía su formación académica bajo la férula de los neohegelianos y los filósofos clásicos.

Burckhardt, el historiador, recibió con entusiasta admiración el intempestiva sobre “la Historia”. Esto debe resaltarse, ya que se viene afirmando con cierta simpleza que Nietzsche no estimaba la Historia, que no comprendía del todo sus alcances y métodos. Por el contrario, a la hora de escribir su intempestiva lleva una década de estudios histórico-filológicos globales y particulares acerca de la antigüedad greco-latina y lleva diez cursos, por lo menos, sobre aquellos temas en la cátedra de Basilea, y dos cursos asistidos a Burckhardt, y dos libros y varios ensayos, y una ó dos contribuciones a la Historia de la retórica y la elocuencia griega. Escribe desde el camello de su práctica de micro-historia, desde las horas de clase, desde los miles de páginas leídas. Y no vale la pena escamotear el valor de la Intempestiva reduciéndola a variación sobre tema de Schopenhauer: hay, cierto, tesis aprendidas en aquél, pero Nietzsche las hace suyas, las vive

desde su propia reflexión. En cualquier caso: que Burckhardt, el hoy venerable historiador, se entusiasmará con aquella tesis del profesor Nietzsche debería ser motivo para que los historiadores tomaran con menos simpleza y no redujeran el sentido de aquella terrible vindicta con Hegel a nombre, precisamente, de la Historia.

Pero sigamos adelante. En 1874 emerge la enfermedad con una violencia nueva; mala digestión y náuseas, debilidad estomacal cada vez peor, visión debilitada, dolores de cabeza. Estados valetudinarios. “Se alegra por cada día pasado sin indigestiones ni dolores”. Lleva cinco años de profesor, cree que es suficiente ya, anhela descanso, terapias, sanatorios, sopitas y paseos. En cambio lo nombran decano de Facultad, por dos años. El se siente harto, dando “coces contra el aguijón de los deberes políticos y derivados de la virtud burguesa”. Rohde le ayuda a revisar las pruebas de su tercera intempestiva, un alumno copia sus dictados porque la fatiga ocular no le permite escribir ni leer. Ahora lo censuran y lo alaban por doquiera, pero a Nietzsche no lo inmutan: sabe que sus intempestivas son efusiones dilettantes e inmaduras. “lo que importa –dice– es echar fuera de mí toda la materia negativa y polémica”. Tiene el pecho obstruido de aversión y de conflictos y tiene que ¡expectorar! Y cree que habrá por lo menos otras once intempestivas, y que, cinco años después, hará una “buena obra”. Quiere “entonar toda la escala de las enemistades”. Burckhardt le escribe “algunas cosas de la segunda intempestiva,” y eso basta.

En el cuatrimestre de verano de 1874 Nietzsche ofrece “Retórica”, tres horas semanales. La salud mejora, estudia mucho, escribe el curso. Divide la exposición en siete partes. Explica el concepto de retórica y sus divisiones y su historia; la relación de retórica y elocuencia,

de retórica e idioma. “Todas las palabras son en sí y desde un principio, desde el punto de vista de su significación, tropos. En lugar del verdadero proceso sitúan una imagen en sonido que nace y muere en el tiempo”, sostiene, en un sentido muy semejante al de las afirmaciones sobre la esencia del lenguaje hechas en varios estudios previos (“Verdad y mentira en sentido extramoral”) y “Sobre la música y la palabra”). Luego se ocupó Nietzsche de la “pureza, claridad y adecuación” de la elocución, del ornato oratorio en relación con el discurso característico, de las modificaciones de la expresión considerada pura, y, finalmente, de las figuras retóricas (metáforas, sinécdoque, metonimia). Todo un curso, pues, formativo e informativo; una escuela de estilo dirigida por un magno estilista. Y de nuevo la aproximación especializada a Grecia, a su cultura, a sus artes retóricas, con un acopio de erudición que aún ahora resulta envidiable.

Poco después publica la tercera intempestiva, acerca de “Schopenhauer educador”. El combate contra la universidad toma aquí proporciones tales que no parece concebible imaginar a su autor como un cumplido profesor universitario. No se ha hecho un cuadro más vivo y lúcido de los académicos alemanes –y no alemanes: 1) honradez e instinto de los simple, que son la otra cara de la torpeza y falta de hábito en el disimulo; 2) mirada penetrante para lo cercano, miopía para lo lejano; 3) insipidez y vulgaridad de naturaleza; 4) pobreza de sentimiento y sequedad; 5) una idea mediocre de sí mismos, una modestia; 6) la fidelidad a maestros y conductores; 7) la rutina profesional; 8) el horror al aburrimiento; 9) el móvil del lucro; 10) la estimación de los cofrades y el temor a su desprecio; 11) la sapiencia por vanidad; 12) la sapiencia por pasión del juego; 13) el instinto de justicia –son características del sabio que explican por qué es un ser “infecundo” y odia a los verdaderos creadores.

***“(...) En todos los tiempos los genios y los sabios se han combatido. Los unos quieren descomponer la Naturaleza, matarla para comprenderla, los otros creen que deben aumentarla por una nueva Naturaleza viva”.***

Schopenhauer resulta, punto por punto, lo opuesto. Es el filósofo que ve lejos, el espíritu viril y no sometido a los deberes de funcionario, la libertad de espíritu, la altanería, la elocuencia. El verdadero maestro de los filósofos del porvenir es Schopenhauer y no los profesores de filosofía, esos funcionarios estatales “puestos en condiciones de vivir de su filosofía, vuelta medio de ganar dinero”.

En Bayreuth entonaron hosannas ante la tercera intempestiva, pero Nietzsche no presta atención. Está demasiado ocupado con sus deberes escolares, está demasiado lejos ya de los Wagner. Durante el cuatrimestre invierno de 1874-75 ofrece una “Historia de la Literatura griega”, un curso completo sobre “La Retórica de Aristóteles”, un curso en el Pädagogium y el seminario de filología. “Vive como una rata entre libros”, con horarios día a noche, a los que debe ceñirse estrictamente. Pero la salud es buena, los ojos aguantan. Escribe entonces una espléndida “Historia de la Literatura Griega”, partes I, II, que continúa en una parte III durante el año siguiente. Nietzsche expone con detalle las características de aquella literatura, sus géneros y sus historias particulares; periodiza el idioma griego en concordancia con el desarrollo de sus literaturas; hace una historia de la escritura y la lectura helénicas, de los públicos para cada género. La erudición, la claridad de lo expuesto, lo profundo del análisis y la sencillez de expresión hacen de esta obra un ejemplo acabado de lo que alcanzó a mostrar la nueva filología. Es lamentable que hasta los buenos nietzscheanos ignoren, con frecuencia, lo allí enseñado. En realidad la universidad

alemana apenas estuvo madura para apreciar esos estudios unos cincuenta años después....

En el verano de 1875 repite el curso anterior y avanza en su última parte. La salud empeora. No tiene tiempo para intempestividades. La máquina quería desintegrarse, y era tanto el malestar, el cansancio, que quería –dice– que así fuese. Era que la epilepsia, con su pesado fardo de síntomas, reaparecía: terribles jaquecas que duraban días, disfunciones estomacales permanentes, vértigos, hipersensibilidad a la luz, agotamiento, pérdida de la capacidad de concentración. Los médicos no aciertan en su diagnóstico: suponen que se trata de una úlcera estomacal y le administran nitrato de plata y quinina, y le cambian las dietas alimenticias. El gran pesar de Nietzsche es que no podrá asistir al Festival de Bayreuth de 1875. En cambio debe irse a Steinebad durante cuatro semanas, a una cura de reposo, desde mediados de julio. Camina largamente, se embriaga de paisajes y visiones del porvenir, y se imagina tareas intelectuales por emprender los siguientes siete años, incluido el estudio de varias ciencias naturales y exactas, “para conseguir una visión verdaderamente libre sobre nuestra vieja cultura”. En cambio supone que escribir libros le estará vedado por largo tiempo, dedicado completamente al estudio. Pero su salud no mejora, y desalentado llega a esta conclusión, que manifiesta a Fuchs en una carta a mediados de agosto: “me decidí a vivir sin plan alguno y tan sólo de hoy a mañana”...

Y a pesar de tales infortunios, cuando regresa a Basilea tiene casi a punto otras dos consideraciones intempestivas: “Ricardo Wagner en Bayreuth” y “Nosotros, los filólogos”. Los dolores de cabeza insostenibles lo obligan a guardar cama treinta y seis horas cada dos o tres semanas. El trabajo es intensísimo. Ofrece un curso nuevo, “El culto de los griegos”, del cual se conservan las notas de clase, y

complementa en forma admirable lo que ya había expuesto en cursos previos. Burckhardt afirma por aquella época: “un profesor así no volverán a tenerlo los de Basilea”, y sin duda tiene razones de peso para tal apreciación. Nietzsche, aunque enfermo, tiene la fortaleza espiritual y la energía práctica para perseverar en su tarea pedagógica de excepción. Durante las vacaciones de invierno aún tiene tiempo para leerse Don Quijote, y recomienda a Rohde:

***“Quizá, empero, te decidas a leer “Don Quijote”; no porque sea la más alegre, sino porque es la más áspera lectura que conozco. Lo he leído durante las vacaciones y todo el dolor personal me aparecía disminuído, más aún, como algo merecedor de que uno se riera de ello sin hacer siquiera un gesto. Todo lo serio, toda la pasión y todo lo que de veras afecta el corazón de los hombres es donquijotismo. Para algunos casos es bueno saber esto; de ordinario es mejor no saberlo”.***

Y lee las “Observaciones psicológicas” de Rée, el “Pro nihilo” de Arnim, y diversas obras de Walter Scott le son leídas por su hermana Elizabeth durante los ratos de reposo!. Busca al mismo tiempo editores para el “Tripitaka” budista, y asiste a las conferencias de Deussen sobre Schopenhauer. Pero la salud empeora: “tengo detrás de mí las navidades peores, más dolorosas y más terribles que haya pasado en mi vida. El día de Navidad, y después de varios síntomas anunciadores, cada vez más frecuentes, tuvo lugar un verdadero colapso. No puedo dudar ya de que padezco una grave enfermedad cerebral y que el estómago y los ojos sufren sólo como efecto de esta causa central” –escribe a von Gersdorff a mediados de enero de 1876. Nietzsche se diagnostica su enfermedad mucho antes de que lo hagan sus médicos. Y con suma razón afirmaría años más tarde: “yo he debido convertirme en mi

propio médico”. Se dice epilepsia como se dice catarro ó epigastrio: palabras; otra cuestión es llevarla consigo, convulsionar, perder el conocimiento, sentir los nervios crispados, la luz como dardos, las jaquecas, la visión doble, las parálisis faciales, la inquietud de las piernas que no se hallan, una fatiga indefinible, un torpor y un insomnio que duran semanas, estertores y babazas, un temblor y un temor sin causa aparente, la depresión y la acedia. Y la medicina del siglo XIX estaba tan impreparada para controlarla –que no para curarla, pues aún hace parte de las enfermedades incurables– como la Edad Media al “Mal de San Vito”. La única diferencia –tal vez– era que ya no consideraba al epiléptico cual un poseído por el demonio. De resto, bolsitas de hielo en la cabeza, duchas heladas para el cuerpo; dietas desenfocadas, unas veces carne en exceso, otras solamente leche; y largas temporadas de reposo.

Nietzsche vuelve por unos meses a Basilea, a concluir su curso. En el Pädagogium le dan dispensa hasta la Pascua de aquel 1876. Pero a mediados de febrero debe suspender también las clases en la Universidad. Y viaja a Printanniére près Chillon primero, y luego a Ginebra. Camina mucho, y unas pocas veces lo invade una “verdadera alegría” en medio de tanto malestar. Se siente “preso en una tenaza”, y salud sólo es ya escapar de ella por momentos. A Basilea regresa el Miércoles Santo, reanimado provisionalmente. A Romundt le escribe: “Nunca se dónde estoy efectivamente enfermo –si es que estoy en realidad enfermo– si lo estoy como máquina o como maquinista”. A Overbeck había escrito poco antes: “mis sufrimientos corporales se parecen a menudo, hasta confundirse, con los “morales””. Y en tales condiciones emprende, otra vez, sus labores pedagógicas y escriturales. No quiere causarse daño, ni a quienes creen en él, tornándose “débil ó escéptico”; no quiere dar un solo paso

hacia “la acomodación”. Ante todo, quiere seguir “permaneciendo fiel a sí mismo”. Concluye la intempestiva sobre Wagner y la envía a Cósima y al Maestro. Y a fines de julio viaja a Bayreuth, pero pronto se arrepiente ante su estado lamentable de salud- y quizá por su alejamiento paulatino de la ideología wagneriana. “Yo estoy harto”, dice. Y regresa a Basilea por una semana, para luego viajar a Italia por un año en busca de alguna recuperación. Allí, en medio de aterradores sufrimientos corporales y psíquicos, se desprende finalmente de Wagner y los wagnerianos, abandona la idea de crear “la escuela de educadores”, una de sus caras ambiciones, y pone a punto su segundo libro, “Humano, demasiado humano”, escrito “para espíritus libres” –término éste acuñado también por Nietzsche. La renuncia a la cátedra de Basilea empieza a hacersele imperiosa: “la cátedra tan prematura de Basilea se ha revelado poco a poco cual la mayor desdicha de mi vida”, escribe a su hermana desde Ragaz; en junio de 1877. Pero vuelve a desempeñar su cargo, esta vez con la seguridad de que será por poco tiempo.

“Humano, demasiado humano” fue recibido con frialdad en los círculos académicos. Sólo Rée, Burckhardt, Gast y Rohde lo saludaron con alegría. Los wagnerianos lo repudiaron y el propio Wagner escribió en su contra una “maligna y desdichada polémica”. Hoy en día es un lugar común minusvalorar la obra por “positivista” ó por “psicologista”: ¡si sólo se tuvieran en cuenta las circunstancias de su composición se vería cuán desenfocados están esos juicios! No podría ser positivista una obra escrita en cruel combate con el pesimismo, en tenaz lucha contra “la acomodación” y la adaptación –“virtudes”, ellas sí, esencialmente positivistas; y no puede ser “psicologista” una obra engendrada por quien no sabe si padece de la carne ó del espíritu, si es la máquina ó el maquinista lo estropeado, si lo suyo es enfermedad ó iluminación: ¿Physis ó Psyche, quién habla? Esa obra señaló una

mutación estilística y espiritual en las costumbres filosóficas. No tiene antecedentes. Busca sus lectores, es una fábrica de pensamiento. Algunas de sus páginas, por ejemplo aquellas acerca de “La cuestión religiosa” son de lo más hermoso y profundo que produjera nunca la pluma de Nietzsche. Incipit Zarathustra.

Lo cierto es que la obra significó el alejamiento de muchos antiguos amigos, y que Nietzsche se encontró cada vez más extraño en la atmósfera de Basilea: “es una vida como la de un anciano y un eremita (...), una abstención completa de trato social, incluso con los amigos”. Sus últimos cursos de alguna regularidad los ofreció entre mayo y agosto de 1879. Ya durante el invierno y comienzos de la primavera de 1879 debe suspender las clases con suma frecuencia por causa de las jaquecas, los vómitos y la fatiga. Por unos días marcha en plan de descanso a Ginebra y regresa peor a Basilea: “ataque tras ataque”. Finalmente, a comienzos de mayo, renuncia a su cargo. A Schmeitzner le escribe estas líneas conmovedoras:

***“He renunciado a mi cátedra y me voy a las alturas, en un estado de desesperación y apenas con esperanzas. Los sufrimientos han sido demasiado duros, demasiado continuados.***

***El medio ciego.”***

Concluían así diez años de trabajo que transformaron la visión filológica de Grecia, que vieron surgir algunas de las obras más importantes de la filosofía decimonónica, que transformaron las costumbres de la universidad alemana. Concluían para Nietzsche los años del camello. Ahora comenzaba “el tiempo del león”.

\*Estudio construido con base en las obras completas de Federico Nietzsche, publicadas por Editorial Aguilar, Argentina, 1965 - 67, en 5 volúmenes, traducidas por Eduardo Ovejero y Maury.

